

Veinte mil doblas contadas,
Y á ti solo que lo heredas,
Y es mi edad caduca y larga,
Pretendo vender la nave
Que está en el puerto ancorada.—
Y dije:— Padre y señor,
Las haciendas, oro y plata
Puede Dios en un instante
Todo reducirlo á nada.—
La nave cargó á mis ruegos
De telas y ricas galas:
Desplegando alas de lino
El argonauta surcaba
Los piélagos cristalinos
De las verdinegras aguas,
Adonde á Túnez llegamos,
Y mi hacienda registrada,
En breve tiempo vendi
Los géneros que llevaba.
Tuve ganancias muy grandes,
Y al pasar por una plaza
Vide dos turcos armados
Que á un difunto le guardaban.
A ellos me llegué, y les dije
Que por qué no lo enterraban;
Entrambos me respondieron:
— Porque es de nación cristiana:
Este tenía un navio,
Y de mercader trataba,
Adonde un amigo suyo,
Turco de grande importancia,
Le dió en cuenta de unas telas
Dos mil ducados en plata,
Y despachando sus gentes,
El en Túnez se quedaba.
Salió del puerto esta nave
Con feliz viento y bonanza,
Y al cabo de cuatro dias
Se apareció una balandra
Diciendo que el tal navio
Iba corriendo horrasca,
Y se sumergió en los centros
De las tormentosas aguas.
El de pena cayó malo,
Murió, y el cuerpo le embargan.—
Entonces dije:— Yo pago
La cantidad mencionada.—
Y tomándolo en mis hombros
Fui á una iglesia sagrada
Del seráfico Francisco,
Que en dicho Túnez se halla,
Para darle sepultura,
Y cien misas le pagaba,
Para que goce el descanso
De los cielos este alma.
Volvime á pagarle al turco,
Y apenas entré en su casa
Cuando con grande dolor
Oí una voz lastimada,
Con los postreros acentos
De esta triste vida humana.
Preguntándole á los turcos
Por esta voz delicada,
Entrambos me respondieron:
— Vino á Túnez una esclava,
Una cristiana cautiva,
Causando envidia á las damas,
Que tan solo Alá pudiera
Tan hermosa dibujarla,
Y comprándola mi amo,
Luego la trajo á su casa
Con intento que reniegue,
Y que con él se casara.
Mas ella dice:— Señor,
Mira que en vano te causas,
Que por mi Dios y mi ley
Moriré de buena gana.—
Al oír esta respuesta,
A una mazmorra la baja,

Echándole dos cadenas,
Y pan de mijo y cebada
Le daba al dia seis onzas;
Medio cuartillo de agua
Le da en veinte y cuatro horas.
— ¡Ay Dios! que será mi hermana,
Y yo en su busca he venido.
— Amigo, en vano te causas,
Porque pide cien millones
A aquel que venga á comprarla,
Y esa cantidad no creo
Que tenga ningun monarca.
Mi amo por aquí viene.—
Apénas entró en su casa,
Le hicieron mil reverencias,
Y se postran á sus plantas,
Diciéndole:— Gran señor
Poderoso de este alcázar,
La deuda de aquel difunto
Este cristiano la paga.—
En este razonamiento
Mis devociones rezaba,
Pidiendo á Dios que me dé
Una idea bien formada,
Que le sirva de rescate
A la mi supuesta hermana.
Pagando por el difunto,
Dije:— Mostafá, mi hermana
Me la teneis prisionera
Y con rigor maltratada,
Siendo la mejor judia,
La mas hermosa y bizarra
Que se ha criado en Liorna,
Porque Liorna es mi patria.—
Y como tienen los moros
Por gran descrédito que haya
En su casa algun judío
En su barrio, calle ó plaza,
El turco con rabia fuerte
Cruelmente se arañaba,
Y en altas voces decia:
— ¡Qué se dirá de mi fama,
De mi crédito y mi honra
Por esta mala canalla?
Traiganla aquí á mi presencia.—
Como difunta la sacan,
Y poniéndola en mis brazos,
A sus criados les manda
Que con el mayor rigor
Nos arrojen de su casa.
Cuando en la calle me vide,
Dí al cielo infinitas gracias:
Fui al templo soberano,
Y apénas dentro me hallaba
Para darle sepultura,
Cuando vi que suspiraba,
Y en mis brazos se estremece.
Dándole algunas sustancias,
Con bebidas y reparos
Volvió en sí la triste dama,
Y por darle mas consuelo
Le dije que no era esclava,
Que por orden de los cielos
Era libre y rescatada.
Temiendo el rigor del turco
Me fui derecho á la playa;
Embarquéme en mi navio,
Mandé á la gente que izara,
Que den las velas al viento
Y que á todo trapo vayan.
Por entre campos azules
El argonauta volaba
Hecho pabellon del viento:
Llegué á Venecia, mi patria,
Hallé á mi padre difunto,
Dios le perdone su alma.
Mas dejemos esto ahora,
Y volvamos á la dama,
Que amoroso le pregunto

Por sus padres, tierra y patria.
Y en otra segunda parte
Diré lo que en esta falta.

(La Princesa cautiva, etc. Pliego suelto.)

La idea de este romance y el que sigue está tomada de una leyenda popular muy antigua y devota, que tambien en el siglo xvii sirvió de asunto á varios dramas, entre los cuales sobresale el que á nombre de tres ingenios, uno de ellos Calderon, se intituló *El mejor amigo el muerto*. Ya ántes habia escrito Lope de Vega, con el de *Don Juan de Castro*, primera y segunda parte, otras dos notables comedias. El autor de los romances ha privado á sus composiciones de una gran parte de las aventuras que constituyen la leyenda, y de los hechos caballerescos que existen en los dramas donde el difunto provee á su protector y protegido de cuantos auxilios necesita para triunfar de sus contrarios y lograr su buena ventura.

1292.

LA PRINCESA CAUTIVA. — II.

(Anónimo.)

Atencion, noble auditorio,
Y explicaré que la dama
Suspirando me decia
Que no le pregunte nada;
Que con el tiempo sabria
De su vida desgraciada.
— Perdona si te ofendi,
Hermosísima Diana,
Porque mis intentos eran
Que fueras mi esposa amada;
Y pues que no te merezco,
Me quejaré á mi desgracia.—
Y la dama enternecida,
Así dice estas palabras:
— Publicaré desde hoy
Cómo soy tu esposa amada,
Porque así quiero que veas
Que amor con amor se paga.—
Al oír esta respuesta
Dí al cielo infinitas gracias,
Dispuse mi casamiento,
Y en bodas tan celebradas
Hubo cañas y alcancias,
Muchos torneos y danzas.
A ellas vino un capitan
De las maritimas playas,
Que tomó amistad conmigo
Muy estrecha y enlazada.
Pasados algunos dias,
Una risueña mañana
Nos convidó á su navio,
Acepté, y le di palabra:
No con gusto de mi esposa
Nos fuimos en su compañía,
Y mientras nos embarcamos
El navio nos hizo salva.
Apénas dentro nos tuvo,
Mandó al punto que tocaran
Los sonoros instrumentos,
Que á todos nos encantaban.
Alzan áncoras y velas,
Y el armamento de tablas
Haciéndose á todos vientos,
Cortaba ambicioso el agua.
Ya eran las seis de la tarde,
Y así me dice mi amada:
— Sin duda, alguna traicion
O cautela nos aguarda:
El corazon se me aflige,
Y se me ha turbado el alma.—
Tomándola de la mano
Para volverme á la playa,
Desde la popa del buque
No ví mas que cielo y agua.
Mi esposa al ver la traicion
Cayó al punto desmayada.
El capitan y otros cuatro

Tirauamente me agarran,
Y en esos mares me arrojan:
— ¡Valedme, Virgen sagrada
Del Cármen, divina aurora,
Y á vos, Antonio de Padua,
Santa Bárbara gloriosa,
Angel santo de mi guarda,
Pídele á Dios que me libre
De muerte tan desgraciada!—
Al decir esto me hallé
De pechos en una tabla;
Navegué toda la noche,
Y al ver el giro del alba
Me sacó el cielo piadoso
A unas arenosas playas.
Besé la tierra mil veces,
Cuando vi que se acercaba
Hacia mi un anacoreta,
Y llevándome á su estancia
Todos los dias traía
Una cesta de viandas.
Al cabo de siete meses
Dice el monje que me vaya
A las orillas del mar,
Porque una nave me aguarda,
Y tiene pagado el flete
Hasta Venecia, mi patria.
Embarquéme muy gustoso,
Llegámos frente de Irlanda;
Dice el capitan:— Amigos,
Este pliego y esta carta
Es necesario llevarle
Al invicto rey de Irlanda.—
Todos dijeron:— Señor,
El veneciano que vaya;—
Y yo me convine á ello,
Y en tierra me desembarcan.
Fui derecho al real palacio,
Y á la majestad Cesárea
Le entregué en su propia mano
El pliego que le llevaba,
Y leyéndolo decia
Estas siguientes palabras:
« Invictísimo señor,
» Rey poderoso de Irlanda,
» La enfermedad de tu hija,
» Que nadie pudo curarla,
» El portador de este pliego
» Es médico de gran fama,
» Y solamente de verlo
» Veréis cómo queda sana.»
El Rey lleno de alegría
Mandó que entre en una sala,
Donde habia mil señores.
¡Discreto lector, repara
Cómo quedaria yo
Entre confusiones tantas,
Y mas al ver una joya
Que le di á mi esposa amada
El dia del casamiento
De topacios y esmeraldas,
Encima de un escritorio!
Me arrojé para tomarla,
Diciendo:— Hermosa Isabela,
¿ No te dueles de mis ansias,
De mis ayes y lamentos?—
Ella, que escuchando estaba
Encima de un blando lecho,
Dió un hincio desde la cama
Abrazándose de mí,
Sin saber quién me abrazaba.
Pero mirando su rostro,
Llena de alegría el alma,
El entendimiento absorto,
Y la voz toda turbada,
Por el capitan pregunto,
Y dice:— Dueño del alma,
Informado el Rey mi padre
De su cautelosa infamia,

Mandó quitarle la vida;
Y pues que te di palabra
Que con el tiempo sabrías
De mi vida desgraciada,
Has de saber que mis padres
Me casaban violentada
Con el príncipe de Escocia,
Y yo salí disfrazada
Una noche con secreto
En una yegua alazana.
Los moros me cautivaron,
Y fui vendida en sus plazas.—
El Rey estaba admirado,
Y entonces le di la carta,
Y leyéndola decía:
«En la celestial morada
»Por tus obras y virtudes
»Goza descanso mi alma:
»Te acordaras cuándo en Túnez
»Le diste tierra sagrada
»A mi cuerpo, y que pagaste
»Cien misas para mi alma.
»Cuando en el mar te arrojaron,
»Sabe que yo fui la tabla,
»Yo fui el anacoreta,
»Y el que te condujo á Irlanda;
»Y pues quedas con tu esposa
»Libre de desdichas tantas,
»Quédate en paz, que yo voy
»A la celestial morada.»
De allí á poco murió el Rey,
Y á mí por su rey me aclaman,
Adonde quedo reinando,
Gozando de dichas tantas.
Ahora suplico al cristiano
Que siempre en su pecho traiga
A la Virgen del Carmelo,
A San Antonio de Padua,
Santa Bárbara gloriosa,
Con el Ángel de la Guarda,
Que rueguen por sus devotos
A la Majestad sagrada.
Este caso prodigioso
Tan solo de oírlo espanta.
Ahora pide el autor
Perdon de sus muchas faltas.

(La Princesa cautiva, etc. Pliego suelto.)

1293.

ARLAXA, MORA.—I.

(Anónimo¹.)

Resuene el clarín dorado
Por aquesta region vaga
Del viento, y con sus acentos
Notoria á los hombres haga
Esta verdad admirable;
Y porque mas breve vaya
A volar por todo el mundo
En las alas de la fama,
He querido en estos versos
Referirla y declararla,
Porque sé que á los curiosos
La música les agrada,
Y prestan atención, cuando
Oyen que un romance cantan.
Y para que sea breve
Mi historia, y no dilatada,
Le daré principio, puesto
Que con atención aguardan
A que la refiera; y digo,
Que en un lugar que le llaman
Llanes, cuyo asiento bello
Viene á ser en las montañas
De Oviedo, un anciano noble
Dos hijos nobles criaba;
Y para que le adquiriesen

Mas honores á su casa
Dispuso que el ejercicio
De las letras y las armas
Siguieran, porque con ellas
Nuevos blasones ganaran;
Y así al menor de ellos hizo
Que á estudiar á Salamanca
Fuese, y que el mayor sentase
En una bandera plaza,
Para que fuese á servir
A Carlos Segundo de Austria.
A los estados de Flandes
Llegó, y su fortuna tanta
Fue, que en tres años que estuvo
Sirviéndole, una bengala
Alcanzó por su valor;
Y dándole orden que á España
Pasase á levantar gente,
En un navío se embarca,
Y dando al viento las velas
Surcó las ondas saladas.
Para la ciudad de Cádiz
Navegaba con bonanza,
Y una mañana, que apenas
La luz del sol asomaba
Por su oriente, descubrieron
Cuatro galeras bizarras
De moros, que pretendieron,
Fiados en la ventaja,
Combatir la nave; y fué
Tan reñida la batalla,
Que llegaron á su bordo
Dos naves de las contrarias,
Y este capitán valiente
Con su rodela y espada
Se arrojó á la una de ellas;
Mas fué tanta su desgracia,
Que cuando á seguirle algunos
Fuéron, para aprisionarla,
Los moros se retiraron
Fatigados de la carga
Que les daban los cristianos,
Y no poder tolerarla;
Se pusieron en huida,
Y de tal suerte bogaban,
Que aunque quisieron seguirlos,
Ellos del riesgo se escapan;
Y Don Diego que se vido
Solo, y que con algazara,
Y las armas en las manos
Lo cercan y lo amenazan,
Y que por estar herido
Manchaba las toscas tablas
Con su sangre, y que ya al brazo
Para resistir faltaba
El brio, se rindió, y luego
Al punto le aberrojan
Echándole al pié un grillete
Y una cadena pesada
Tan grande, que casi apenas
Podía Don Diego arrastrarla.
Llegaron á Tetuan,
Tomando tierra en su playa,
Donde lo venden, y estuvo,
Segun él mismo declara,
Quince años en cautiverio,
Sin que á saberlo llegara
Su padre, aunque diligente
Con cuidado procuraba
Saber de su hijo; mas no
Pudo saber donde estaba.
Mas sucedióle, por ser
Su suerte siempre voltaria,
Que á Arjel, con otros cristianos,
Para venderlo lo pasan,
Y el amo que lo compró
Al Rey se lo presentaba,
Con que ya de verse libre
Llegó á perder la esperanza.

Mas quiso el cielo piadoso,
Que por donde no esperaba
El remedio hallase, y fué
Que hallándose una mañana
El, con otros dos cautivos
Que estaban en su compañía
Solos en el almacén,
Que es donde de noche guardan
Los que del Rey son esclavos,
Con diligencia y con maña,
Que quieren que estén seguros
Para que de día salgan
A trabajar en las obras
Que se hacen en la muralla,
Por repararla del daño
Que la tormenta pasada
Ocasiónó, vieron que
Por una escasa ventana
Asomaba un lienzo puesto
En la punta de una caña,
Que haciendo señas con él,
Daba á entender que llamaba;
Mas distinguir no pudieron
Quién llamaba, aunque miraban
Con atención, porque en ella
Una celosía estaba
Que embarazaba á la vista
Lo menudo de sus mallas;
Y acercándose uno, luego
Al instante lo levanta,
Y viendo la acción volviése
A su sitio, y el que estaba
Con Don Diego probó á ir,
Por ver de que hacen instancia
En el llamar, y lo mismo
Le sucedió, con que clara-
mente se reconoció
Era Don Diego á quien llaman.
Acercóse, y el lenzuelo
Arrojaron, y él lo alza,
Y halló atadas en la punta
Cuatro monedas de plata.
Hizo una gran cortesía
Con la cabeza inclinada,
Dando á entender que agradece
El que tanto bien le hagan,
Y á este mismo tiempo dice
Que vido una mano blanca
Muy claramente, y con ella
Que la ventana cerraban.
Admirados se quedaron
Todos de ver lo que pasa,
Y al cabo de breves días,
En otra ocasión que estaban
Solos los tres, por la misma
Parte vieron que asomaban
Otro lienzo, y sucedióles
Lo que en la ocasión pasada,
Porque á Don Diego fué á quien
Diez doblones y una carta
Arrojaron, y despues
Que la ventana cerrada
Estuvo, con alegría
La neta al papel le rasgan
Por leerle, y no pudieron
Entender una palabra,
Porque los renglones dél
En lengua arábica estaban.
Quedaron algo confusos,
Y al fin se determinaban,
Que á un renegado que allí
Entra, y es su camarada,
Se lo diesen á leer,
Para ver si les declara
Lo que contiene, y por ser
Una acción tan arriesgada
El llegar á declararse
A quien es de ley contraria,
Temeroso del peligro,

De esta suerte se prepara,
Diciéndole:—Este papel
En un agujero en casa
Hallé escondido, y quisiera
Vieras si era de importancia.—
Recibióle el renegado,
Y á leerle comenzaba,
Y despues que por la vista
Por extenso el papel pasa,
Le dijo:—Cristiano amigo,
No es posible me persuada
A creer que este papel,
Como tú dices, lo hallaras;
Mas no es mucho que receles,
Por no saber con quién hablas.—
Metió la mano en el pecho,
Dél un crucifijo saca,
Y le dijo:—Yo te juro
Por aquesta imagen santa
De Cristo, á quien reverencio
Y adoro dentro del alma,
Que te he de ayudar en cuanto
Pudiere, si tú me tratas
La verdad; porque la digas
Sin recelarte de nada,
Te he de referir mi historia:
Escucha, que no es muy larga.
Yo nací de humildes padres
En la ciudad de Calabria,
Y por ser aficionado
A navegar, por las aguas
De pescador el oficio
Con gusto lo ejercitaba;
Mas quiso mi mala suerte
De que moros me pescaran,
Y á Arjel me trajeron, donde
Un mercader me comprara,
El cual tenía una hija
Discreta, de buena cara,
Y aficionándome de ella,
Con interés de gozarla,
Negué la fe, y ciego sigo
La secta mahometana.
Con ella me casé, y luego
Quiso el cielo que enviudara,
Y arrepentido del yerro
Que hice, deseo que haya
Orden de poder pasar
A España, Francia ó Italia
Para poder desde allí
Ir á que me absuelva el Papa.—
Oyendo aquesto Don Diego,
Le dijo cuanto le pasa;
Lo escrito decía así:
«Cuando nací, las entrañas,
»Una cristiana cautiva
»Que era de mi padre esclava
»Me hizo, y despues crióme,
»Y me enseñó á que rezara.
»Esta murió, y con Alá
»No dudo fué, no á las llamas,
»Porque la he visto despues,
»Y me ha dicho que me vaya
»Donde pueda recibir
»El bautismo que me falta.
»A mi parecer, ninguno
»De los cautivos te iguala
»En la nobleza, y quisiera
»Que contigo me llevaras,
»Que yo te daré riquezas
»Para que de ellas te valgas:
»Si quieres serás mi esposo,
»Y si no, no me embaraza,
»Que Alá me dará marido
»Con quien esté bien casada.
»Solo la respuesta espero,
»Y para que puedas darla,
»Por donde este has recibido,
»La que te escribe te aguarda.»

Y en el segundo romance
Se escribirá lo que falta.

(Arlaxa Mora, Pliego suelto.)

El asunto de este romance y del que sigue se ha tomado de la novela del *Cautivo*, de Cervantes, incluida en el *Quijote*.

1294.

ARLAXA, MORA. — II.

(Anónimo.)

Y despues que hubo pasado
Cuanto hasta aqui se declara,
Escribiendo el renegado
Con una alegría extraña,
La respuesta entre los dos,
Fué de esta suerte notada:
«La Emperatriz de los cielos,
»María, que nos ampara,
»Y Jesus, su amado Hijo,
»Te dé auxilios de su gracia
»Para que como deseas
»Llegues á verte cristiana.
»De parte mía y de parte
»De los que á mí me acompañan
»Recibirás estas letras,
»Que gozosos de que hayas
»Fiado de mí el secreto
»Y que así de mí te valgas,
»Te ofrecemos todos juntos
»Obedecer lo que mandas.
»Y pues que tu voluntad
»Seguimos, da tú la traza
»Que te parezca, señora,
»Que será mas acertada,
»Y verás que se ejecuta,
»Sin que en un punto haya falta.
»Escribir sin temor puedes,
»Que uno de mis camaradas
»Entiende muy bien la lengua,
»Y tambien sabe explicarla
»Por escrito, como en este
»Verás, si atenta reparas;
»Y en cuanto á ser yo tu esposo,
»De serlo te doy palabra.
»Alá te guarde.» Y cerrando
El papel Don Diego guarda
Dentro del pecho, y un dia
Que de darlo ocasion halla
Hizo una seña, y al punto
Un hilo puesto en la caña
Echaron, y él diligente
Se llega y el papel ata.
Apénas pues en las manos
Lo toma la bella Arlaxa,
Cuando comenzó á leer,
Y en responder no fué tarda,
Porque arrojó en un billete
Escritas estas palabras:
«Yo no sabré, señor mio,
»Deciros el modo y traza
»Para que hagamos seguros
»A España nuestra jornada;
»Pero lo que me parece
»Es que esta noche sin falta
»Vengas, que yo te daré
»Con que libertad amada
»Consigas tú y tus amigos;
»Y al que de mas confianza
»Fuere, puedes enviar
»A España por una barca
»Donde viniendo de noche,
»Y haciéndome á mí avisada,
»Pueda yo estar prevenida
»Para que contigo vaya.
»A un jardin que es de mi padre,
»He de ir esta semana
»Para pasar el verano

»Con su merced y mis criadas
»En él, y de la marina
»Vecina es su verde estancia.
»Procura saber el sitio,
»Para que allí á verme vayas.»
Seguir en todo quisieron
El consejo que les daba
Arlaxa, y el renegado
Dijo:—No es cosa acertada
Hacerlo así, que el que fuere
Por ella, viendo alcanzada
Libertad, y que perderla
En el volver arriesgaba,
Cosa sería posible,
De que la vuelta excusara:
Que lo mas cierto y seguro
Era que á él le entregaran
El dinero, y que una nave
El procuraria comprarla
Y pasar á Tetuan
A llevar alguna carga
De géneros, que aunque en ellos
No se tuviera ganancia,
A lo ménos serviría
De que ninguno extrañara
El verlo salir al mar.
Aunque no de buena gana,
Siguiéron su parecer,
Porque no se disgustara
Con ellos, y descubriera
El secreto, y peligrara
La hermosa Arlaxa, que dió
Para que se libertaran
Tres mil escudos; y luego
A Don Diego le rescata,
Por orden de Ali, que así
Al renegado llamaban,
Un capitán valenciano,
A quien el silencio encargan,
Que á este tiempo con su nave
De paz en Arjel estaba,
Y del quisieron valerse
Porque se disimulara
Que el dinero que costó
No eran ellos quien lo daban.
Compró Ali una saetia,
Y porque en todo llevara
Disimulado su intento,
Y sospechas no tomaran
De su salida, con otro
Moro, que trata y contrata,
A Tetuan hizo un viaje
A cargar de higos y pasas;
Y á la vuelta, que volvieron,
Dieron fondo en una cala
Que viene á caer muy cerca
Del jardin donde está Arlaxa;
Y libertados los dos
Que en las prisiones quedaban,
Y teniendo convocados
Diez cristianos, que en compañía
De los cuatro se viviesen,
Y que al remo trabajaran,
Dispusieron el viaje;
Y para que esté avisada
Arlaxa, se fué Don Diego
Al jardin donde ella estaba.
Y apénas de sus umbrales
Adentro puso las plantas,
Cuando encontró con el padre
De Arlaxa, y le preguntaba
Que quién era, ó qué quería;
Y le dijo que buscaba
Unas yerbas que su amo
Le pidió para ensalada;
Y por saber que del moro
Era amigo y le estimaba,
Le dijo que era su esclavo,
Y el moro le dijo:—Pasa,

Cristiano, mas adelante,
Que hácia aquí puedes hallarlas.—
La hija se vino á ellos
Tan hermosa y tan bizarra,
Que para abrasar el pecho
De amor, habíala el mirarla.
El padre Uijo:—Este esclavo,
Segun lo que él me declara,
Es de Mostafá mi amigo;—
Y como en forma de chanza
Dijo Arlaxa:—Si eres noble,
Como parece, ¿qué causa
Te obliga á vivir cautivo,
Y tu libertad no pagas?—
Respondióle:—Ya estoy libre.—
Y ella dijo:—Pues ¿qué aguardas?
Si estás libre, como dices,
¿Cómo á tu tierra no pasas?—
Y él respondió:—Yo, señora,
Sin falta me iré mañana
En un bajel que me dicen
Va á parar á las Canarias.—
Ella dijo:—¿No es mejor
Que una embarcacion buscaras
Para que á España te lleve,
Puesto que tú eres de España?—
Y él dijo:—Deseo verme
Con quien estimo en mi patria.
—Serás casado, y por eso
Te parecerá que tarda
El tiempo, porque no estás
A los ojos de quien amas.—
Respondió:—No soy casado;
Mas mi palabra empeñada
Tengo, y mi honra, de serlo
En yendo allá.—Y esa dama,
Dime, ¿es hermosa?—Y él dijo:
—Es toda una semejanza
De tu persona.—Y el padre
Dijo riendo:—¿No es mala
La cristiana, si parece
En algo á quien la compara!—
Una criada á este tiempo
Llegó toda alborotada,
Diciendo que unos soldados
Habían saltado las tapias.
Fué el padre á echarlos, y quedan
Solos Don Diego y Arlaxa,
Con lo que le dió á entender
Dispuesto el viaje estaba
Para aquella noche, y ella
Agradecida le abraza.
En esta ocasion el padre,
Que ya volvía á buscarla,
Los vido; mas no por eso
Los brazos del cuello apartan.
Lo que hizo fué fingir
De que estaba desmayada.
Llegó el viejo alborotado,
Y sin que se desmandara
Dijo Don Diego:—Señor,
De haber quedado asustada
Le ha dado aqueste accidente,
Que es cierto que si se halla
Sola, y no la favorezco,
Cae en el suelo y se mata.—
Hizo que volvía en sí,
Y mostrándose indignada
Con el cristiano, su padre
Dijo:—Ten, que no te agravia.—
Llévanla dentro, y Don Diego
Con acciones cortesananas
Se despidió, y á la noche
Los catorce se juntaban;
Y entrando en la saetia,
Se abrazaron á las armas,
Y á los moros que están dentro
Con ellas los amenazan,
Diciendo que han de matarlos

T. XVI.

Si dan voces y no callan.
Dejáronlos con prisiones
Y cuatro que los guardaran,
Y los demas al jardin
Fuéron, y hallando entornada
La puerta, entraron, y á ellos
Arlaxa salió descalza,
Porque no fuesen sentidas
De su padre las pisadas:
Y dijoles, con silencio
Entrasen hasta su sala,
Para que sacasen de ella
Joyas, dineros y galas.
Mas quiso su mala suerte
De que el padre despertara
Al ruido, y todos juntos
Se asustan y sobresaltan.
Mas el renegado diestro
Con grande prisa le abraza,
Y siguiéndole otros tres
Llegan, y al moro le tapan
La boca, y entre los cuatro
Lo sacaron en volandas,
Y á la embarcacion lo llevan.
Con la hija, que turbada
Estaba, hicieron lo mismo,
Y luego al instante marchan;
Mas como el viento en el golfo
Qu'entrasen no los dejaba,
Tuvieron que irse por tierra
Hasta que de Arjel se apartan.
Arlaxa pidió á Don Diego
Que á su padre lo dejaran
En tierra, viendo que el viento
A su favor convidaba.
Dejaron libres los moros,
Y alegres las olas rasgan
Con la quilla, y á la noche
Siguiendo al romper del alba,
Las sombras descubren léjos
De unas tierras dilatadas.
Pusieron á ellas la proa,
Y llegando, en tierra saltan.
Dejaron la saetia
A un duro peñasco atada,
Y por un pastor que hallaron,
Que estaba guardando cabras,
Supieron que no está léjos
De allí la ciudad de Braga.
Fuéron á ella, y el bautismo
Recibió con fe Mariana,
Que por este nombre quiso
Perder el nombre de Arlaxa.
Desposóse con Don Diego,
Y de allí á su lugar pasan,
Donde hallando vivo al padre,
Supieron cómo en la Sala
De Méjico, siendo oidor
Está su hermano, y lo aguardan
A vuelta de flota, y quedan
Alegres dando mil gracias
A Dios porque desde Arjel
Los trajo con bien; y acaba
Aquí la historia, y Juan Perez
Pide perdon de sus faltas.

(Arlaxa, mora, Pliego suelto.)

1295.

BELARDO Y LUCINDA.

(Anónimo.)

En el Alcázar de Venus,
Junto al dios de los planetas,
Donde el palenque de Adónis
Tiene puesta su belleza,
Circulo del cuarto asiento,
Donde las moras mas bellas

20

Tienen preso al dios Cupido
Entre amorosas cadenas :
En la gran Constantinopla,
Corte de la infame secta,
Donde el gran sultan Selin
Tiene sentada su fuerza ;
Este tal tiene una hija
De aqueste imperio heredera :
Lucinda tiene por nombre,
Porque luce su belleza
Mas que el trono de Amarilis,
Mas que el cielo de Amaltea.
Herida está del amor ;
Que con amorosa flecha
Le traspasó el corazón
Cupido, con sus saetas ;
Por lo cual para penar
Ardía en ardientes quejas ;
Y fué la causa un cautivo
De la ciudad de Valencia,
Que en los jardines del turco
Las plantas cultiva y riega :
Mozo, galán y alentado,
Y de grande gentileza.
Mas Lucinda, que no duerme
Y con ansias se desvela
Por ver qué remedio dar
Para gozar esta empresa,
A despojos de Cupido
Dió lugar la primavera ;
Y fué que estando Belardo
Algo quejoso una siesta,
Cantando de su fortuna
Las sinrazones adversas,
Al pié de una hermosa fuente,
Cuya corriente risueña
En gargantillas murmura
Lo que distribuye en perlas,
Con un hermoso instrumento
Cuyas concertadas cuerdas
Dan principio á sus acentos,
Que dicen de esta manera :
« ¡ Oh Virgen ! pues sois mi madre,
Tened ya de mi clemencia :
Si nací para penar,
El cielo me dé paciencia. »
Lucinda, que ya no puede
Reprimir mas su impaciencia,
Hacia donde esta su amante
Paso entre paso se llega,
Y dice :—Cristiano amigo,
¿ Qué tienes ? ¿ por qué te quejas ?
Sirena soy que en tu canto
La memoria tengo puesta
Entre mi amor y tus versos ;
Tenlo por cosa muy cierta.
¿ Por qué lloras, alma mía ?
No derrames tantas perlas,
Que saliendo de tus ojos
En mi alma están deshechas.—
Alzó el cristiano la cara,
Y mirando á la Princesa,
Con apacible sonrisa
Le dice de esta manera :
—¿ Cuándo merecí, señora,
Que vuestra Alteza me vea ?
Porque es gran dicha en un triste
El que lo mire una reina.—
Dijo Lucinda :—Mis glorias
Son ver unas azucenas ;
Se me ha perdido un diamante
Al pié de aquesta maceta,
Y lo he venido á encontrar
Junto á esta fuente risueña.—
El cristiano, que la entiende,
Le dice de esta manera :
—Ese diamante, señora,
Es un fuego que me quema,
Y no se puede gozar

Diamante con falsa piedra.—
Lucinda le echó los brazos
Con amorosa presteza,
Diciendo :—Dueño del alma,
Lo que quiero es que me quieras
Porque el fuego de tus ojos
Es un volcan que me quema.
Yo me muero, tú lo sabes,
Y si tú no lo remedias,
La fuerza del mucho amar
Me hará perder la paciencia.—
Dijo Belardo :—Señora,
Repórtate, que estás ciega,
Que soy cristiano y cautivo,
Y vengo de baja esfera ;
Y tú mora, y de este imperio
Eres señora y princesa,
Y no puede haber amor
Donde la ley no empareja.
Dijo Lucinda :—Belardo,
No seas de esa manera,
Que eres niño, y no lo entiendes,
Y es cosa muy lisonjera
El gozar de la ocasión
Cuando el amor lo desea.
No seas ingrato, bien mio,
Que un alma quemada en penas
Ha llegado á ver el cielo,
Que es la gloria que desea.
Tú eres el cielo, Belardo,
Y yo el alma que anda en pena.
Sabrás que el verme en tus brazos
Muchos suspiros me cuesta,
Y que abrazaré gustosa
La misma ley que profesas.—
Belardo, que ya no puede
Resistir tantas ternezas,
En el golpe del cuidado
Y en el mar de sus ideas,
Acordó dentro en su pecho
De bautizar la Princesa
Con una concha de plata
Que ella misma trae puesta.
En nombre del Padre eterno
Le echó el agua en la cabeza :
Le puso Rosa por nombre,
María por mas grandeza.
Enternecido Belardo
Le dice de esta manera :
—Señora, cosa es constante
Que con potestad inmensa
Y con divino rocío
Saqué tu alma de penas ;
Te puse Rosa por nombre,
Quedaste rosa tan bella,
Que un ramillete de flores
Pareces entre azucenas.—
Los dos amantes se abrazan
Y con amor se requiebran.
Dijo Lucinda :—Belardo,
Ya no espero mas grandeza,
Puesto que ya soy cristiana,
Sino que mi esposo seas.
Yo te prometo esta noche,
Antes que la aurora bella
Venga bordando claveles,
Que nos vamos á tu tierra,
Porque conozcas las ansias
De la que fué tu princesa.—
Se quita un cendal morado
Con un esmalte de perlas,
Y dice :—Toma, Belardo :
De nuestra fe verdadera
Será este cendal testigo
Hasta llegar á tu tierra ;
Y así quédate con Dios,
Antes que alguno nos sienta.—
Se fué la Infanta, y Belardo
Quedó ciego y en tinieblas,

Esperando que su esposa
Lo saque de aquellas penas.
Se dieron tan buena traza,
Que en aquella noche mesma
Aprestaron un barquillo,
Y con él mil cosas buenas.
Los dos se metieron dentro,
Y dulcemente navegan :
Llevar por remos los gustos,
Por árbol sus diligencias,
Por el trinquete su amor,
Y por descanso sus penas.
Por el mar de su esperanza
Los dos amantes navegan ;
Donde los lleva el viaje,
Allá los guía su estrella.
Mas no quiso la fortuna
Que llegaran á Valencia,
Porque los echaron ménos,
Y el turco con rabia fiera
Manda al punto que los busquen
Por el mar y por la tierra.
Dos galeras despacharon
Muy ufanas y soberbias,
Carrozas de la fortuna,
Que con vaivenes navegan.
Cuando vieron los amantes
Las dos corsarias galeras
Que les iban dando caza,
Dijo Rosa con gran pena :
—Belardo, perdidos somos,
Porque sin duda en mi tierra
Nos habrán echado ménos,
Pues dos naves muy soberbias
Vienen surcando las aguas
Navegando á toda vela.—
Cercan al triste barquillo,
Por tener poca defensa :
Y prendiendo á los amantes,
A Turquía dan la vuelta.
El Gran Sultan, que los vió,
Puso al punto la sentencia
De que han de morir quemados,
Que así su secta lo ordena.
Los infernales ministros
Encendieron una hoguera ;
Sacan á los dos amantes,
¡ Ay qué dolor ! ay qué pena !
Belardo de veinte años,
Su cara hecha una azucena

Entre cándidos jazmines
Disciplinados de perlas ;
Y Rosa de diez y siete,
Su cara una rosa hecha,
Enmarañado el cabello,
Descalzos de pié y de pierna,
Desnudos de medio arriba
Y con dos gruesas cadenas,
A porrazos y empellones,
Con sangre manchan la tierra.
Pregoneros van delante
Con cuatro roncas trompetas,
Que son lenguas del silencio
Que publican la sentencia.
Llegaron hasta el incendio,
Donde el fuego los espera.
Estándolos para echar,
Llegó un moro á toda priesa,
Que dice que el Gran Sultan
Ya les perdona su ofensa,
Como manda el Alcoran
Que se casen en su secta,
Y les perdona sus yerros
Y su cometida ofensa.
Respondió Rosa encendida
En vivo amor que se quema :
—Corre, perro, y di á mi padre
Que reniego de su secta,
Que por no ver á Mahoma
Me arrojo á la muerte fiera.
Ea, valiente Belardo,
Esta es la fe verdadera,
Por ella hemos de morir,
¡ Viva Dios, viva la inmensa
María, llena de gracia !
Y pues es de gracia llena,
Pidámosle que nos dé
Para este martirio fuerza.
Ea, amante de mi alma,
Pídele á Dios la paciencia,
Que yo tambien de mi parte
El hacerlo así me es fuerza.—
Y arrojándolos al fuego,
Con la mayor entereza
Rindió Belardo la vida,
Y Rosa murió contenta,
Sacrificando sus vidas
Por conseguir gloria eterna.

(Belardo y Lucinda, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES HISTÓRICOS.

1296.

TOMA DE SEVILLA POR EL SANTO REY DON FERNANDO. — I.

(Anónimo.)

Dios te salve, Virgen santa,
De misericordia llena,
Virgen santa de los Reyes,
Que los afligidos ruegan,
Mueve tú mis rudos labios
Porque esta historia refieran :
Cuando España fué de moros,
Causáralo la torpeza
Del trágico rey Rodrigo
Prendado de la belleza
De la infelice Florinda,
Cuya hermosura le lleva
Tan arrastrado, que dió
Motivo para que ella
Al conde Julian su padre,
Ignorante de su afrenta,
Le diese parte, y con esto
Tal desgracia sucediera.

El Conde, ardiendo en enojo,
Procura con saña fiera
Vengarse del rey Rodrigo,
Y por conseguir su empresa,
Viéndose con fuerzas pocas,
Se valió de ajenas fuerzas
Dando entrada al Agareno
Por Tarifa, que eran tierras
De Don Julian poseídas,
Como que era señor de ellas.
Entraron en fin los moros
Con tal vigor y tal fuerza,
Que en ménos de siete meses,
La desgracia que lo ordena,
O Dios que lo permitió
Por nuestras culpas perversas,
Con su próspera fortuna,
Para nosotros adversa,
Se apoderaron de toda
España, puesta en tristeza,
Llorando su esclavitud
De las naciones la reina